

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Fonollar, 24 y 26	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.	Se publica los Jueves	El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.		Madrid: Almagro, 8. entr. derecha
		-Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

SUMARIO.

Las huellas del criminal. (Conclusion).—Tú y yo—El Egipto sacerdotal.—Remitido
Pensamientos.—Errata.

LAS HUELLAS DEL CRIMINAL.

(Conclusion.)

»Una mañana vino su nodriza llorando y me dijo que se habian llevado al niño. —¿Quién? pregunté temblando.—Su mismo padre señor: hace tres dias que vino, me dejó mucho dinero, y por más que yo le supliqué que me lo dejara, su madre ha de verlo, me contestó y se lo llevó. Se fué la pobre mujer, y yo sin perder tiempo me puse en camino y llegué á la casa señorial de Rodolfo y los criados me dijeron que los señores habian estado allí quince minutos, pero nada me hablaron del niño. Y yo enmudecí y cuando estuve solo, sin saber porque lloré, lloré con ese llanto cuyas gotas de fuego tuercen su curso, y en vez de resbalar por las mejillas, caen perpendiculares sobre el corazon.

»Siempre aquel niño me inspiró profundísima compasion, porque su madre no le queria, por ser el la prueba de su debilidad, y su padre porque el heredero de su nombre era un sér marcado con la cólera de Dios, que la ignorancia atribuye á Dios enojos y venjanzas que no tienen razon de ser; pero de absurdos se compone el mundo. Aquella noche no dormí, y alguien decia á mi oido que el pobre niño habia sido asesinado. Estas sospechas vivieron conmigo, y á Sultan le estaba reservado encontrar el cadáver de aquel inocente. Una tarde paseando con el en lo mas agreste de la montaña, al pié de un cedro centenario, observé que Sultan escarbaba con furor, le ayudé, y pronto encontré envuelto en una manta el cadáver del hijo de Rodolfo en perfecto estado de conservacion, el muerto delataba á su matador, porque solo su padre y su madre eran enemigos de aquel pobre sér, y no me quedó duda ninguna que él, y tal vez en connivencia con Berta habian dado la muerte á aquel infeliz.

»Enterré nuevamente el cadáver, regué con mi llanto la tierra de su sepultura, y volví á mi casa para sufrir una aguda enfermedad, porque la infamia de los hombres es el veneno mas activo para las almas sensibles.

»A nadie dije nada de mi triste hallazgo, porque en los crímenes de los grandes siempre son las víctimas los pequeños, únicamente se lo escribí á Rodolfo y obtuve el silencio por respuesta, y mas tarde una persecucion espantosa por parte suya. Los años pasaron, Rodolfo en la Côte adquirió renombre y gran influencia, y en todos los sucesos de mi vida él ha tomado parte directa ó indirectamente, ello es que siempre nos hemos encontrado, y su mirada se ha fijado en mí con un odio feróz; porque no puede perdonarme que yo sepa sus crímenes. El para mí es un miserable, y esto le exaspera, porque el se empeña en parecer impecable, que nadie es mas avaro de virtudes que aquel que no tiene ninguna.



»Entre Rodolfo y yo hay un misterio: él me ódia, al mirarme conoço en su mirada que siente no haberme estrangulado ante el cadáver de su padre, y al mismo tiempo cuando le miro cierra los ojos como deslumbrado y huye de mí con desesperacion. Yo en cambio le amo, ¿por qué? lo ignoro. ¿Nos ha unido algun lazo en otras existencias? ¡quién sabe! yo solo puedo explicarme que á pesar de reconocer en él un gran criminal, le quiero, sí, le quiero con toda mi alma, y en el fondo de mi corazon hay un mundo de ternura para él, y para él pobre niño que duerme al pié del cedro de la montaña.

»Muchas, muchas veces, el pequeño asesinado despierta mis recuerdos, y en su ignorada tumba elevo una oracion á su memoria.

»Al descubrirse últimamente el secreto y el misterio de como pasó los últimos años de su vida Constantino de Hus, Rodolfo es el que mas interés ha tomado en este asunto, porque ha encontrado una ocasion propicia para perderme, y la quiere aprovechar. Yo me entrego en los brazos de Dios, y dejo hacer á los hombres, pero Dios me protege, indudablemente vela por mí, no me cabe duda.

»Hace algunos meses vino Rodolfo con una órden espresa de llevarme con él, para comparecer ante mis superiores, y ser juzgado por el tribunal de la iglesia, y por el tribunal del Estado. ¿Por qué no me obligó á ir con él? ¿por qué despues de escucharme y de cumplir la penitencia que le impuse me dejó libre y nada he vuelto á saber de él? ¿por qué es esto? porque sobre todos los ódios de los hombres, está la inmutable justicia de Dios, ¡oh! sí, Dios es justo!

»Estaba una noche solo en mi cuarto cuando entró Rodolfo en él, diciéndome con punzante ironia:

»—¿Sabeis lo que se hace con los encubridores de los criminales?

»—¿Qué se hace con ellos? le pregunté friamente.

»—Se les ata con una cadena muy corta.

»—Entonces hace mucho tiempo que yo debia estar atado.

»—Al fin confesais vuestro delito.

»—No he de confesarlo!..... si tu eres mi cómplice.

»—¡Yo!..... ¿que decís?

»—La verdad, quizá fuiste tú el primer asesino de quien yo tuve misericordia.

»—Mirad bien como hablais.

»—Estamos solos Rodolfo, por esto hablo así. ¿Te acuerdas? y cogí su mano entre las mias mirándole fijamente. ¿Te acuerdas? Hace veinte y cinco años que murió tu padre, y tú..... escuchastes su confesion, y... .. el confesor te causó estorbo, pero..... vivió para sufrimiento tuyo; despues..... pasaron cinco años y murió el conde de A..... tú y yo, sabemos quien le asesinó..... Te unistes á la hija del asesinado, y á poco tiempo nació un heredero de tu nombre, ocho meses vivió en el mundo, y al cumplirse tan breve plazo, un sér sin corazon, un padre sin entrañas, un mónstruo de iniquidad le arrebató de su cuna, porque aquel sér deforme estorbaba á una madre sin alma. Aquel pobre niño por su espantosa fealdad os parecia un castigo de Dios, y para huir del ridículo, ¿qué mejor cosa que hacerle desaparecer? ¿Qué te parece Rodolfo, no es verdad que el padre de aquella inocente criatura es verdaderamente un miserable, ¡matar á un ser indefenso!..... por el solo delito de ser un desgraciado!.....

»—¡Callad! ¡callad! voto al infierno! No sé porque vivís todavía; sois la sombra maldita de mi vida! Lo que me pasa á vuestro lado no lo comprendo, para vos no sé negar. Me decís los horribles secretos de mi fatal existencia, y os escucho sin entregaros al mudismo eterno. No me mireis, dejadme libre de esa especie de fascinacion que ejercéis sobre mí; no estrecheis mi mano que á vuestro contacto parece que plomo derretido circula por mis venas.

Solté su mano, y me senté en mi sillón, y él se quedó en pié mirándome con furor reconcentrado, diciéndome al fin:

»—¡Bien me decia ella!

»—¿Quién es ella?

»—Quién ha de ser, Berta, mi esposa, la que al saber que venia á veros se vino conmigo, diciéndome:—Aquel hombre es un brujo, un hechizero, y con sus malas artes te subyuga y no conseguiremos nuestro deseo.

»—Yo te dejaré hacer cuanto quieras; pregúntame, y te diré cuanto deseas saber.

»—Y que quereis que os pregunte si ya todo lo sé, estoy muy bien enterado de la historia de Hus, ¿no es verdad que es cierta?

»—Ciertísima.

»—Y porque apadrináis á los malvados?

»—Por la misma causa que te apadriné á tí; porque siempre confio conseguir mas con la persuacion que con el castigo rudo, y afortunadamente siempre he conseguido buenos resultados; solo tú, criminal impenitente, sigues descendiendo al fondo del abismo, pero siempre tengo esperanza que te detendrás en la resbaladiza pendiente de tus vicios. Y ya ves si te detienes, que me odias, que soy para tí el tormento de tu vida, que si quisieras no te saltarian asesinos para en menos de un segundo triturar mi débil cuerpo, y sin embargo, si bien lo piensas muchas veces, te detienes y no lo haces. Tú sabes que tus tres grandes crímenes nadie los sabe más que yo, pues te escribí enseguida que encontré á tu hijo llamándote inicuo infanticida.

»Nada me contestastes porque nada me podias contestar, tú que á mi no me sabes mentir. A tu esposa tambien le pesa mi vida, porque comprende perfectamente que yo sé la parte que tomó en tu último crimen. Sois ricos, poderosos, vuestra delacion puede perderme, puede hundirme en un calabozo donde no vea nunca más la hermosa luz del sol. ¿Por qué no lo haceis? ¿porque no me acusais de encubridor de los grandes pecadores?—¿Sabes por qué no lo haces?

—»¿Por qué? decídmelo.

—¿Porque te domino moralmente; porque la piedad es el arma mas poderosa de la tierra, por esto te sientes pequeño ante mí. ¡Tú el noble! ¡el favorito de un rey! el que dispone á su antojo de los poderes del Estado! ¿cómo es, que abdicas tus derechos ante un pobre viejo que tiene la monomanía de amar á sus semejantes? Corre, vé, cuenta, y dile al mismo rey que Constantino de Hus murió en mis brazos, envia fuerzas para prenderme ya que no tienes tu valor de hacerlo. ¿Qué te importa un crimen más ó ménos? El que ha sido dos veces parricida, y una vez infanticida, bien puede denunciar á un bienhechor de la humanidad que ha pedido á Dios en todas sus oraciones por el progreso de tu espíritu.

—»¡Callad, Padre, callad!

—»¡Desgraciado! mi voz es la única que en la tierra te dice la verdad. ¿No estás cansado de crímenes? ¿Piensas que no te veo? ¿Crees que no sé todas las intrigas en las cuales tomas parte desventurado? ¿Hasta cuando vas á vivir así? ¿No comprendes que no hay culpa sin castigo? Tú mataste á tu hijo porque era un sér de una fealdad espantosa; querias un hijo mas bello, pero tu mujer ha sido estéril; porque se tiene que extinguir la vida donde el crimen deja sus huellas. Piensa en mañana Rodolfo, piensa en mañana.

»Rodolfo me miró fijamente, me levanté, acerqué una silla y le hice sentar, me senté junto á él, cogí sus manos que estaban heladas, y le miré con la mayor dulzura, y él poco á poco se sintió dominado suavizó algo la dura espresion de su semblante, y me dijo:

—»No sé, no sé que me pasa con vos, de léjos os ódio, bien lo sabeis, ódio que solo se veria satisfecho con vuestra muerte. Mi pasado me pesa algunas veces, y sobre todo, lo que más me hiere es que otro hombre sepa mis secretos. Tengo medios seguros para perderos, porque vos desafiáis á los tribunales, y cuando voy á firmar la órden de vuestra prision, la pluma se desprende de mi mano, siento un dolor agudísimo en el corazon, y me levanto huyendo de mí mismo.

»—Y yo me alegro que así te suceda, hijo mio, no por mí, sino por tí; porque tu espíritu comienza á sentir algo. Yo con perder la vida, ¿que pierdo? una existen-

cia solitaria llena de miserias y de contrariedades. En el mundo tengo frio, mucho, mucho frio; y dentro de un sepulcro, en el seno de la madre-tierra estarir mas abrigado; pero si me haces morir, es un nuevo remordimiento para tí. ¿Te he ofendido yo? Nó; he sido para tí lo que he sido para los demás; un ministro de Dios que cree ser intérprete de su misericordia perdonando y amando al delincuente; he aquí todo mi crimen. Alguien te conduce aquí, porque ya es hora que comience tu regeneracion; tus cabellos se cubren con matices de plata, has llegado á la cumbre del poder en la tierra; pero..... hay algo mas allá Rodolfo, y yo no quiero morir sin dejarte en buen camino.

»—Y que he de hacer para comenzar? dejaros libre?

»—Esa cuestion me es del todo indiferente, donde quiera que me encuentre procuraré ir á Dios, lo que te pido es otra cosa.

»—¿Cuál? decid.

»—Quiero que mañana cuando el sol dé los buenos dias á la tierra, vayas en compañía de tu esposa á rezar en la tumba de tu hijo, y créeme, más vale que la visites en vida que no que la visites despues de muerto y permanezcas junto á ella siglos y siglos. Da el primer paso Rodolfo, que nunca es tarde para Dios,

»Rodolfo temblaba, me miraba, y yo conociendo el gran poder que tenia sobre él, pedi á Dios voluntad bastante para dominarle y lo conseguí. Toda la noche rogué, toda la noche pedi que no faltara á la cita y no faltó.

»Al dia siguiente muy de mañana fui á rezar á la sombra del árbol que daba sombra á las cenizas del niño, y á poco ví subir á Rodolfo y á Berta por la falda de la montaña; y entonces, me postré de hinojos y exclamé: ¡Señor! Tú que me ves! Tú que lees en el fondo de mi corazon! tú que sabes lo que yo deseo: inspirame en estos instantes supremos, para que esos dos séres sientan el dardo del remordimiento en su mente atribulada y te pidan misericordia con el mas sincero arrepentimiento.

»Rodolfo y Berta llegaron y se prosternaron sin decirme una sola palabra. Los dos estaban pálidos, agitados, convulsos; miraban á todos lados con recelo. Ella se postró y rezó, y el se recostó en el tronco del árbol quedando semi oculto entre sus ramas. Me acerqué á Berta y le dije:—Mírame, no tengas miedo. No soy ni hechicero, ni mago ni brujo, no soy mas que un ministro de Dios que ha llorado tu crimen.

»—Berta al oír estas palabras se conmovió hasta derramar algunas lágrimas y yo le dije:—No trates de detener tu llanto, llora desgraciada! ¡llora en la tumba de tu pobre hijo que sus cenizas fecundadas por tu llanto producirán flores. Lloro que el llanto es el Jordan bendito donde se purifica de las manchas del pecado la fraticida humanidad.

»Llora.....mujer ingrata! llora! tu que despreciastes la fecundidad que te concedió el Señor. Considera tu larga esterilidad. Arrojaste de tu seno el sér inocente que te pedia amor, y se secaron en tí las fuentes de la vida. Mira, contempla la vereda por donde has subido, todo el monte está encubierto de una verde alfombra, solo en la senda que vosotros habeis recorrido la yerba se ha tornado amarillenta, porque las huellas del criminal solo dejan el rastro de la muerte.

»Rodolfo y Berta miraron la senda que yo les indicaba, y tal poder tenia mi voz sobre ellos, tan potente era mi voluntad de impresionar á aquellos espíritus rebeldes, tan decidida estaba mi alma ha hacerles sentir, tan ferviente era la plegaria que yo dirigí á Dios, tan profunda era la fé que yo sentia, tan inmenso mi deseo, tan puro mi sentimiento, tan grande mi inspiracion, tan poderoso me encontré, tan rodeado me ví de figuras luminosas, tan claro resonó en mi oído: Habla que Dios te escucha, que les dije con entonacion profética:—Mirad! mirad! ¿veis vuestro camino? llevais la muerte con vosotros, porque todo lo aniquila la huella del criminal! Y yo tambien veia aquella yerba marchita, de un color amarillento, y no cesaba de decir. ¡Mirad! tierra estéril encontrareis siempre! llanuras endurecidas recorrereis sin descanso! pediréis agua y pan, y se secarán las fuentes, y las espigas del trigo serán arrancadas por el vendabal; porque la Creacion no tiene frutos para los hijos ingratos. Volved ahora á vuestra cárcel dorada; embriagaos con vuestros festines, engala-

naos con vuestros trajes de púrpura, engañaos á vosotros mismos; pero recordad siempre que las huellas del criminal dejan rastros de muerte.

»Berta lloró, y Rodolfo me miró con una mirada inesplicable. Todas las pasiones estaban retratadas en ella; me cogió la mano y me dijo con voz temblorosa:

»—Me voy, porque aquí..... me volveré loco, pero..... volveré; y descendió rápidamente. Berta se apoyó en mi brazo y bajó lentamente. De vez en cuando miraba hácia atrás y yo decia entre mí: !Dios mio! que para sus ojos la yerba este marchita, y lo estaba, por que mi anhelo era tan gigante, que creo que solo con mi aliento de fuego hubiera marchitado el mundo entero.

»La infeliz pecadora temblaba de espanto y me decia; ¡Padre! la yerba se seca!...

»—Si; está seca como ha estado tu corazon; pero Dios si tú quieres te dará una eterna primavera. Ama á los pobres, acoge á los huérfanos y á los ancianos desvalidos, practica la verdadera, la sublime caridad! Ama! porque tu no has amado! siente! porque tú no has sentido! ¡arrepíentate! pobre pecadora! para el Padre de todos nunca es tarde, confía y espera en él, y en tu senda hoy marchita, verás brotar las más hermosas flores.

»Antes de llegar á la aldea nos separamos, y Rodolfo me repitió: Volveré. Algunos meses han transcurrido, y aun no ha vuelto, léjos de mi presencia su ódio habrá renacido; pero estoy seguro que cuando yo elevo mi espíritu, cuando pienso en la regeneracion de aquellos dos séres, cuando digo ¡Señor! que vean en su sueño la senda de la montaña con la yerba marchita, que escuchen mi voz diciéndoles: Las huellas del criminal solo dejan rastros de muerte, ¡arrepentios! Esto le pido á Dios con la profunda fé que se anida en mi alma, y Dios debe escuchar mi súplica ferviente.

»¿Qué será de ellos? qué será de mí? á ti me entrego Señor cúmplase tú suprema voluntad, porque tú eres el sábio de los sábios, el grande de los grandes. Tú eres ¡Dios! y la sabiduria infinita solo la posees tú!

Se comprende perfectamente que el Padre German era un gran magnetizador, pues no de otro modo pudo hacer ver á Rodolfo y á Berta la senda de la montaña con la yerba marchita.

Y nada mas cierto; en la senda del criminal no brotan flores, todo se agosta con el aliento del crimen y en cambio todo se fertiliza con el amor y la virtud, ¡qué bueno es ser bueno! ¡qué hermoso es amar! ¡qué grande es la creacion! y que feliz es siempre para perfeccionarse indefinidamente.....

¡Bello es vivir! si, bello es vivir! cuando el hombre puede esperar.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

TU Y YO.

Tú eras el cedro de la montaña,
Yo el pobre musgo que creció al pié;
Tú eras el roble, yo débil caña,
Y sin embargo, por muerte extraña
Tú sucumbistes y yo quedé.

Tú eras torrente, raudal gigante,
Yo escasa fuente que nadie vió;
Tú eras el astro que rutilante
Le mostró al mundo su luz radiante,
Y yo una estrella que no brilló.

Tú eras montaña de altiva cumbre;
Grano de arena yo siempre fui,
(Tuya fué un dia la muchedumbre...)
Si á mi me escuchan es por costumbre;
Mas tú, te alejas... yo quedo aquí.

Tres años hace que de tu acento
Escuché el eco con dulce afan;
Tuyo fué siempre mi pensamiento,
Y hoy contemplando el firmamento...
Mis oraciones hácia ti van.

Si hay otros mundos trás de ese cielo;
Si de las nubes trás el capuz,
El alma encuentra para consuelo,
Otro horizonte donde sin velo:
Se vé radiante la eterna luz.

Si hay otra vida más verdadera,
Que el Sér Eterno la reservó
Para esos génios que en su carrera
Les faita espacio en esta esfera...
«¡Justo es que vayas antes que yo!»

MAGDALENA.

EL EGIPTO SACERDOTAL.

En el confuso y revuelto caos de las primeras edades columbramos inmóvil el despótico Oriente y la teocrática India de los «puranas», aquella religion, aquella sociedad, que á través de los siglos lleva hasta nosotros la poética descripción geográfica que hiciera de la tierra, presentándola á las poblaciones indias bajo la metafórica y seductora forma de una bellísima y gigantesca flor del lócus—el divino emblema del amor antiguo—meciéndose dulcemente en el mar, figurándolo en un pistilo el «Merou» ó Monte Sagrado, y cediéndole como fantásticas y enormes hojas, las siete supuestas islas, que bañaron las oceánicas ondas.

Después casi á raíz del panteísmo indio vemos surgir magestuoso del seno de las salómbres olas al primitivo Egipto, á manera de hermoso pebetero dispuesto á esparcir como un perfume celestial por el mundo antiguo, los nebulosos dogmas del Oriente,

¡El Egipto! Su venerable perfil medio borrado por el paso destructor de las edades, aún nos recuerda aquellos remotos tiempos, durante los cuales á la sombra de sus inmensos monumentos, meciera con cariñosa solicitud la frágil cuna del género humano que le confiara el Asia, la madre universal y augusta de las razas.

La primera civilización de los pueblos egipcios, fué, á no dudarlo, oriental, y si al pasar de las orillas del Ganges á los valles del Nilo se trasformó algún tanto, no por ello dejaron ambas castas de guardar sus analogías.

El primitivo Egipto, el Egipto sacerdotal se considera el pueblo más supersticioso y cruel de la antigüedad, su doble y Africana divinidad Isis-Osiris, principio de toda la vida, es el mito más bello y positivo que han producido las religiones, pero también á causa de la influencia que la superstición ejerciera entre los egipcios, las esculturas que adornan la tumba de Osymandias, la gran sala sepulcral de las ruinas del Tébas, las cariátides de Egipto y el edificio de Karnac, han legado á la posteridad el recuerdo de su crueldad para con los vencidos.

Mientras los Egipcios fueron regidos por la casta sacerdotal que se apoyaba á su vez en la de los guerreros, el Egipto permaneció extraño por completo al movimiento progresivo de los demás pueblos, puesto que para ellos la religion era solo un motivo de aislamiento, y encerrados en los valles que fertiliza el Nilo, odiando el mar por insidioso consejo de sus sacerdotes, sin abrigar jamás la idea de salir de su país, bien puede decirse que aparte de los principios que recibieron de la raza ária, su civilización nació en su mismo suelo, desarrollándose durante largo tiempo en el centro del Egipto, sin trascender en lo más mínimo al exterior.

Más todo lo que el Egipto sacerdotal nos presenta de mezquino y avaro, contraste notablemente con la era gloriosa que inauguró Psamético al efectuar la revolución de las ideas antiguas, permitiendo á las tribus de los jónios y cários establecerse en su país. Ante aquella medida que rompía abiertamente con las tradiciones por largo tiempo respetadas hasta el fanatismo, los sacerdotes y los guerreros se sublevaron y promovieron numerosos disturbios, comprendiendo que se les escapaba el poder que por espacio de tantos siglos habían ejercido sobre la raza egípcia, pero Psamético fué inflexible; aquellas dos castas que representaban una sociedad moribunda y unas instituciones caídas emigraron hácia la Etiopía, y la sombría quietud del Egipto teocrático fué reemplazada por la bulliciosa animación que despertaba el comercio, al penetrar en las ciudades egipcias por sus vírgenes vías de comunicación.

Solo al extinguirse las castas sacerdotales y guerreras fué cuando empezó la verdadera vida de los pueblos egipcios, las naves extranjeras como una bandada de palomas remontaron el Nilo: en vez del púrpuro el tegido y los granos que les diera el Egipto, dejaron amontonados en sus riberas, el Africa el oro, el ébano y la sal; la India sus especias, la Fenicia sus vinos, la Arabia el incienso; los pueblos egipcios se metamorfosearon por completo al despojarse de aquella fisonomía egoísta con que los caracterizaron sus castas, y la jóven egípcia de ojos negros y ardientes, de color cobrizo-mate, de movimientos airoso, naturaleza exuberante y contornos estatuarios, ofrecía amorosa y sonriente á los artistas griegos, junto á los muros de Tébas, la dulcísima agua del Nilo prisionera en la hermosa ánfora del Egipto, mientras que en el interior de los templos, bajo sus venerables bóvedas resonaba la armoniosa lengua griega, deliciosamente mezclada con las varias acentuaciones de los dialectos jónico, dórico y ático, á manera de rítmica modulación, de encantador preludio, del fraternal concierto que para el porvenir preparan las razas.

La Fenicia y la Judea adoptaron algunos ritos egipcios y la joven y risueña Grecia al tomar del viejo Egipto los elementos que le faltaban para completar su personalidad, él puso en contacto con el resto del mundo antiguo, para que ni un solo instante, desmintiera su hermosa mision en la historia, aquella admirable raza, que diera artisticas formas al dórico Apolo, á la ateniense Palas y al asirio fanástico Adonis (poética encarnacion de la bellísima lágrima que vertiera la amorosa Salambó, la inconsolable Myrra la tierna y fogosa mujer asiria!

La filosofia griega se robustecio con el auxilio de la sabiduria egipcia. Ferécides, el maestro de Pitagoras, arrancó la inmortalidad del alma del fondo misteriosísimo del Egipto y Platon mismo, al adornar con alas las almas perfectas copió el ave simbólica de aquel país; el Fénix egipcio.

Solo emancipándose así del imperio avasallador de las castas sacerdotales y guerreras, logró el antiguo Egipto comunicar su civilizacion á los pueblo extranjeros y recibir de ellos los elementos que toda sociedad, que toda agrupacion necesita; y aunque mas tarde el ejército persa acaudillado por Cambyses avasalló el imperio de los Farones, obligando á los pueblos egipcios á tolerar una nueva religion, al lado de la religion indígena: siguiendo la ley irresistible del progreso, cuando Alejandro de Macedonia señaló el sitio donde debia edificarse la ciudad que lleva su nombre, los egipcios se convirtieron en griegos, porque aquella raza habia cumplido ya su mision, y se preparaba á desaparecer de la escena del mundo dejándonos únicamente el recuerdo del poderoso esfuerzo que hiciera para mezclarse con la civilizacion de su tiempo, al salvar el límite que la supersticion de sus castas le habia impuesto.

Hoy todo ha cambiado, el paso destructor de las edades ha regalado al olvido aquellas civilizaciones, el Egipto moderno es solo el venerando panteon de la antigüedad, el gigantesco libro cuyas páginas de piedra nos hablan de pasadas épocas: y al fijarnos en las ruinas de sus antiquísimos templos, al abismarnos en la contemplacion de aquellos monumentos que han resistido impávidos la aurora y el ocaso de tantas generaciones, creemos que á su alrededor flota algo conmovedor augusto y sublime, algo parecido á un himno que concebido por el pensamiento, el respecto lo lleva á los labios convertido en un imperceptible murmullo de admiracion; detenemos un momento nuestro paso para considerar que allí concentrará un dia la humanidad todas sus aspiraciones, y junto á los inmensos sarcófagos que guardan los restos de los reyes egipcios, creemos distinguir la augusta sombra de la historia que se complace en repetir amorosa á nuestros oidos el último y misteriosísimo eco de aquella remota civilizacion

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

(Del Defensor de Granada.)



Tenemos un gran placer en insertar la adjunta carta que hace algunos dias llegó á nuestra Redaccion, y suplicamos á su autora que ella misma corrija con sus razonados escritos los males que nos denuncia sabe *mirar*, y sabe *sentir*, y con esto ya se puede escribir.

Sra. Directora de LA LUZ DEL PORVENIR.

Muy apreciable señora: A la amabilidad de un amigo he debido la satisfaccion de leer algunos números de su tan ilustrado periódico, cuyos artículos encaminados á inculcar la mas estricta moralidad, impulsan á esta pobre madre á coabyuvar la gigante obra que V. y sus dignas compañeras han emprendido.

No sé si el deber de madre ó que secreto sentimiento me arrastra y hasta parece imponerme la obligacion de hacer caso omiso de la crítica á que se espone el que al público se dirige careciendo de suficiencia para ello: el caso es, que no puedo resistir al deseo de escribir, resignada á sufrirlo todo, (en cambio de la verdad que voy á consignar) con la humildad y paciencia del que sabe comprender esas virtudes.

En este mi pais natal ha derramado la providencia sus benéficos dones con marcada prodigalidad: el mundo vegetal en constante vegetacion, en todas las épocas nos presenta panoramas de verdor que halagan nuestras fantasías, los sentimientos de caridad y mansedumbre innatas en la generalidad de sus naturales, si bien mal comprendidos y practicados, llenando el último hasta la exageracion, la inteligencia natural en ambos sexos, manifestándose por do quiera reclamando cultivo y en fin por todas partes se vé que Dios tiene alguna predileccion por este montoncito de tierra, jardin que engalana el atlántico. Pero ¡ah dolor! el egoismo humano enemigo de Dios lucha por hacer infecundas sus

divinas concesiones; la ignorancia solicitada con marcado empeño, por una parte de esta sociedad, siendo la instruccion superior, patrimonio del rico y teniendo para ello que someterse á la separacion dilatada de sus hijos y la inferior circunscrita á esclavizar las conciencias con el fanatismo y servilismo, hasta el extremo que en esta localidad hemos tenido el disgusto de ver al elemento jóven defender en público teorías que están en pugna con las ideas del progreso hijas del siglo en que vivimos. ¿Y la mujer? pobre sér condenado en este país á cerrar unas enaguas y hacer ostentacion de virtudes que su falta de instruccion les hace tomar por el dorso.

Las madres á la par que de todo corazon (me complazco en reconocerlo) dan á sus hijos una moneda para el pobre que llega á su puerta, enseñándoles (dicen) á practicar la caridad, la envanecen con el lujo, le hacen concebir ideas de superioridad hácia todo aquel que quizás poseyendo una riqueza inmensa espiritual, carecen de esas riquezas que llaman mundanas, que ningun brillo tienen ante la omnipotencia del Criador; las instruyen en la murmuracion, se cuidan poco de darles buen ejemplo, no vacilan en esgrimir el asqueroso puñal de la calumnia mas cortante, aun mas criminal mil veces que el puñal del asesino.

¡Oh! cuántas escenas de estas he presenciado! cuántas veces he visto que sin respetar los vínculos de la sangre y el honor, sin miramientos de ninguna especie se ha fulminado una tan asquerosa que su baba ha traído la eterna infelicidad de una familia, la duda y desesperacion de un padre! Y despues todo está arreglado, no se ha cometido falta alguna, se puede insistir en el criminal propósito á trueque de hacer una buena confesion; en cambio la verdad se oculta, la inmoralidad se protege! Error creado, impia blasfemia! suponer que Dios pueda perdonar en cambio de una confesion la muerte moral de una familia inocente y virtuosa!

¡Cuánta pena no dán esos cuadros repetidos muy amenudo por falta de instruccion que pulula por las conciencias y pueda cada cual hacer uso de sus buenos sentimientos innatos, bastardecidas por falta del cultivo de ese don divino.

La rica cree rebajarse si visita á la pobre, y el que dá ha de humillar siempre al que se vé en la necesidad de recibir, se dá con voluntad porque somos generosos por naturaleza, pero no practicamos la caridad.

Apuntadas á brochazos nuestras miserias, toca á la pluma de V. Sra. Directora, esgrimirse contra los vicios de esta sociedad, procurando corregirlos todo lo posible, pues puedo asegurarle que nuestra índole es bueno y que la ignorancia y fanatismo son los únicos obstáculos que detienen nuestra marcha hácia el progreso que empuja á las demás sociedades del mundo,

Anticipándole á V. las gracias por la acogida que tendrán estos mal ordenados pensamientos y aprovechando esta oportunidad para ofrecerme á sus órdenes su muy atenta y S. S. q. b. s. m.—*Carmen C. de V.*

(P. R.)—Guayama.

PENSAMIENTOS.

Es preferible habitar en una tierra desierta, á vivir con una persona pendenciera y colérica.

Una respuesta llena de dulzura, apaga el ódio; una contestacion ágría, lo atiza.

No desprecieis á un hombre justo aunque sea pobre, ni glorifiqueis á un pecador aun que sea rico.

De la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo.

Aun el nécio si callase seria tenido por sábio; y si cerrase sus lábios, á muchos parece discreto.

Las palabras dichas á su tiempo, son como las manzanas de oro sobre un lecho de plata.

No respondas ántes de haber escuchado, y no interrumpas á nadie en su discurso.

No alabeis á un hombre ántes que hable; al hombre se le conoce por sus palabras.

ERRATA.

En la poesia «Impresiones al visitar la primera casa de lactancia,» en la estrofa 14, verso 1.º, dice:

«La madre necesita amparo;»

y debe decir:

«La madre obrera necesita amparo.»